

CANDELARIO, EL MALVADO COMENDADOR

Antaño, en el pueblo situado junto a los almendros, de la Orden de Santiago ahora de la Encomienda, vivía el comendador más temido en cinco mil leguas.

Candelario era largo, enjuto y encorvado, sus cejas pobladas guardaban ojos sórdidos, separados por una lánguida nariz y amplias manos propias para el fin recaudatorio, tarea que sobrepasaba su enorme avaricia.

Esta mañana, el frío se metía en los huesos como si quiera arrancar las carnes. Empezó la actividad del comendador, con sus ojos penetrantes mirando tras los pajares del Palomar, y allí donde había heno, mandaba a los soldados al cobro de una parte de la siega. Si había leña, se quedaba con la mayoría seca para mantener caliente el palacio donde pernoctaba, dejando la verde.

Siguió bajando por la calle Silos, donde el músico local “corneta”, tras limpiar su reluciente instrumento, colocó la boquilla empezando una dulce melodía que paralizaba la actividad de aquel que lo escuchaba, hasta que la sombra de Candelario, curvada como una hoz, silenció el soniquete.

- Deja de tocar jovenzuelo, aquí solo se permite el cornetín del pregonero. – Zanjó la onda voz del comendador, mientras entrelazaba sus dedos en el metal para guardarlo en el zurrón.

- Pero es injusto comendador, solo trataba de afinarlo tras la limpieza. - Rogaba el joven ritmoso, extendiendo su mano en espera de un gesto compasivo.

- ¡Silencio! O lo próximo que apagues será la voz, pásate por el mayorazgo antes de las fiestas de vendimia, y abona un doblón para recuperarla. – Se perdía la cavernosa voz tras doblar la esquina hacia la calle Mérida, mientras la trompeta asomaba tímidamente del morral.

En este tiempo era inconfundible el olor a chamusquina, pimienta y ajos fritos, propias de las matanzas de los lugareños. Por ello la aguileña del comendador sabía a qué portón quitar la aldaba para sacar más redito.

CANDELARIO, EL MALVADO COMENDADOR

Irrumpió el comendador el llenado de chorizos con su presencia, parando el alboroto de la faena.

- No he visto el diezmo de esta casa en el libro de cuentas. Mocito mete la chacina de esa artesa en el mimbre ahí colgado, que tendremos que analizar que no tengan parásitos. – Marcó el cobro el oscuro y malhumorado Candelario.

- Pero mi señor, es casi la mitad del trabajo, el mes pasado le entregamos una carga de leña de olivo, como el resto de los vecinos de la calle. –Imploró el campesino, padre de siete hijos, mientras mostraba su baño de barro con solo los fondos en carne.

- Cuece patata y mézclala con el magro, la patata es más nutritiva para las labores de siega que pronto empezará. – impuso el comendador, envolviendo el cesto bajo su axila con la larga capa sin perdonar una cuelga.

Aún goteaban las canales por las nieblas, mientras el sol intentaba colarse entre resquicios del cielo invernal. Resonaba en la cal, el martilleante tacón de la bota del comendador, y entre percusión y percusión, se introducía pequeños tañidos de los niños que jugaban en los jardines junto al palacio.

Emergió un gruñido, tras el cual, Candelario se dirigió a poner en orden al silencio. Saliendo del jardín una pelota de trapo que rodaba sinuosa, hasta que la puntiaguda, del número cincuenta, aplastó el pasatiempo, emanando agua y barro.

De inmediato unas diminutas y callosas manos agarraron el trapo, tirando fuerte hasta casi desestabilizar al gobernante.

- ¡Hombre, por fin alguien valiente es esta villa! – Sonrió por primera vez Candelario mientras elevaba, por la rebeca trenzada, a un rubio rapaz dos palmos del suelo.

- ¡Suélteme, y déjenos seguir jugando, que aquí no molestamos a las bestias! – Silbeó la voz del encorajinado pecoso.

CANDELARIO, EL MALVADO COMENDADOR

- Me gusta tu carácter, desde hoy pasarás a ser soldado de defensa y guarda. Decirle a sus padres que pasen a recoger dos monedas mañana. – Se dirigió Candelario a los compañeros del rubito pecoso.

Tras las puertas del Palacio, un Capitán con tantas canas como manchas la camisa, se encontraba sentado en la juncia, se apresuró a incorporarse, a la vez que los equinos huían hacia el fondo, evitando reproche de Candelario.

- Capitán he reclutado un nuevo soldado, más valeroso que la mitad de los tuyos, despide a dos de ellos, y dele su ración, mientras remienda jubón, ropilla y calzos del más enjuto. – Ordenó el comendador, quinquel en mano, mientras subía las escaleras de sus aposentos.

En la oscuridad de la noche solo relucían los ojos del valeroso rubito, como si un lince dispuesto a cazar, se dispuso a recuperar su tesoro de trapo.

Sigiloso subió uno a uno los peldaños, con la precisión de una pluma al posarse, se coló en la alcoba principal. Allí en las alturas dormitaba a casi dos metros del suelo Candelario, el colchón descansaba encima de la robusta lecha de olivo confiscada semanas antes, y un metro de heno mullido diezmo de los agricultores. Del carrusel colgaban los chorizos, y junto a la almohada, la pelota y la trompeta, todo a mano del comendador, fruto de la desconfianza en los huesudos soldados.

El pecoso portaba en sus manos con dos grandes guijarros, por si las moscas. Trepó hasta los pies de Candelario, cargó con una pareja de choricillos, prendió la trompeta, pero al tirar de la mojada pelota, Candelario abrió uno de sus ojos viendo al niño como si fuera un gigante por la cercanía.

- ¡Traidor, te había elegido como repuesto del Capitán!– gritó Candelario mientras agarraba fuertemente al infante. El menudo, al intentar zafarse, tiró las piedras que violentamente golpearon contra el suelo, provocando unas chispas junto a la leña y la paja, que rápidamente engendraron una gran masa de fuego y humo.

CANDELARIO, EL MALVADO COMENDADOR

El rubito ató los cordones de las botas de Candelario, cruzados unos contra otros, y éste con la tos por el humo, soltó al muchacho, que apretó fuertemente la pelota mojándose por completo, y de un salto salió indemne de la gran hoguera.

Candelario vociferaba mientras intentaba quitarse los fuertes nudos de los cordones hasta que le alcanzaron las lenguas de fuego.

No tardaron en aparecer los soldados llenos de cubas de agua en pos de las columnas de humo, pero al ver parado al valeroso rubito delante de la hoguera y, en lo alto maldiciendo al “pantarujo”, decidieron salvar con horquillas la chacina.

Soldados, agricultores, niños y mujeres pudieron bailar al son de “corneta”, comer los choricillos recién asados, y alegrarse por la libranza para siempre de la tiranía de Candelario, volviendo los juegos, risas y las canciones a sonar en las calles a la luz de la gran hoguera.

Desde esa noche, cada año en medio del invierno, celebraron la fiesta de la vuelta a la cordialidad. Daban de comer choricillos asados a todos los peregrinos que por allí pasaban, sonaba la música y se mezclaban todas las clases de ciudadanos en torno a una gran hoguera, presidida por un muñeco parecido al comendador: cuerpo de ropas viejas rellenas de paja, grandes manos de ramas de olivo, una calabaza con sombrero con un gran pimiento por nariz. Se mofaban ahora de la figura que antes tanto temían. Y entre risas contaban la historia del “pantarujo Candelario”.